

LA FORMACIÓN DE UNA PERSONALIDAD

*Mons. Hugo de Azevedo**

1. PRESENTACIÓN DEL TEMA

Cuando me propuse escribir un perfil biográfico del Venerable Álvaro del Portillo procuré seguir una línea de exposición que permitiese al lector, no sólo conocer ordenadamente el trayecto de su vida, sino captar su personalidad, sin lo cual los hechos y las anécdotas carecerían de unidad.

El título *–Misión cumplida¹–* expresaba la imagen de un hombre recio y fiel a sus compromisos, pero la reciedumbre y la fidelidad heroicas de Don Álvaro no bastan como rasgos peculiares de su figura, incluso porque esas dos virtudes llegaban a pasar desapercibidas, a quienes trataban menos con él, bajo otro componente que más le caracterizaba: su extrema, sonriente y plácida amabilidad hacia todos y cada uno.

Ese cariño humano y sobrenatural lo había aprendido sobre todo de San Josemaría, pero, mientras en este era fuego, en Don Álvaro era suavidad. Y, sin embargo, no era el suyo un cariño dulzón; al revés, era un afecto tan exigente y fuerte como el del Fundador hacia sus hijos y a todas las almas, y que le llevó, sin debilitarse hasta el final de su vida terrena, a promover y rematar

* Sacerdote, escritor, ensayista y periodista portugués.

¹ H. DE AZEVEDO, *Misión cumplida – Mons. Álvaro del Portillo*, Palabra, Madrid 2013⁵.

grandes empresas al servicio de la Santa Sede, del Opus Dei, de la ciencia y de los más desprotegidos.

Había aquí un misterio. Un misterio de la gracia de estado, por supuesto, mas también de su personalidad humana: ¿cómo se había forjado un carácter que reunía componentes generalmente antitéticos? Y por esta línea intenté seguir los avatares de su vida.

Pienso que lo he logrado, aunque lo que más me importaba, a mí y a los lectores, era el recorrido completo de un santo al que tanto debemos y nos es tan querido. De todas maneras, vale la pena detenernos un poco sobre esta cuestión, porque seguramente su ejemplo nos ayudará a adquirir algo de su admirable serenidad.

2. EL CONCEPTO DE PERSONALIDAD

Un preámbulo se impone, y es el de aclarar lo que entiendo aquí por personalidad. Dejando análisis psicológicos, en los que no soy experto, me limitaré a usar la palabra según lo que (pienso yo) representaba el término para San Josemaría y que, desde luego, significaba la singularidad de cada persona y constituía un concepto muy importante en el espíritu del Opus Dei.

No esperemos de él una definición antropológica o psicológica de personalidad. No cabría dentro de su estilo de predicación, llena de naturalidad, de sentido común y de vigor descriptivo como, por ejemplo, cuando habla de San José, descripción, por cierto, que se podría aplicar a él mismo y a Don Álvaro del Portillo. Dice: «De las narraciones evangélicas se desprende la gran personalidad humana de José: en ningún momento se nos aparece como un hombre apocado o asustado ante la vida; al contrario, sabe enfrentarse con los problemas, salir adelante en las situaciones difíciles, asumir con responsabilidad e iniciativa las tareas que le encomiendan»².

Pienso, sin embargo, que San Josemaría dio al concepto de personalidad una profundidad inusitada, bastante más allá del sentido usual.

² J. ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1973, n. 40. Por este ejemplo se ve que, para San Josemaría, forman parte de la personalidad la valentía, la prudencia, el sentido de responsabilidad y la obediencia inteligente, o sea, con espíritu de iniciativa, con elecciones personales, que podrían ser muy diferentes, aunque tan buenas, quizás, cómo las de otra persona.

Para explicarme, pido permiso para evocar un viejo recuerdo. En 1946 o 47, iba yo por mis 14 o 15 años, cuando descubrí que nutría una verdadera amistad por San Josemaría, a pesar de que ignoraba todo a cerca de él, excepto el apellido, Escrivá, y ser el autor de *Camino*. Fue al leer el punto 451 contra la murmuración: «[...] lo mismo que la de esos pintores modernistas, es la visión de ciertas personas tan subjetiva y enfermiza, que trazan unos rasgos arbitrarios asegurándonos que son nuestro retrato [...]».

Frecuentaba yo entonces un ambiente artístico «avanzado», me apasionaban el cubismo y el abstraccionismo, y no admitía que alguien contestase su valor. Sin embargo, al leer aquél punto, sorprendentemente, en vez de mi habitual agresiva reacción juvenil, pensé para mis adentros: si a un hombre cómo este no le gusta el arte moderno, debo ser más tolerante con quien no lo aprecia.

Lo cuento por una curiosa coincidencia sucedida un año y pico después. Ya conocía entonces el Opus Dei, no había tardado nada en pedir la admisión, e iba a conocer personalmente al Fundador. Era el 14 de octubre de 1948, en Oporto. ¡Cuántas lecciones y con cuánto gusto las absorbí en aquellas breves horas! Pero, ciñéndome al tema anunciado, sólo diré que en aquel encuentro tan familiar y alegre, uno de los presentes, divertido, me “acusó”: –«Padre, ¡a Hugo le gusta Picasso!» –«¡Hace muy bien!», replicó inmediatamente San Josemaría. Pero la broma siguió: –«Padre, voy a hacer una pintura moderna», y rápidamente diseñó un ojo encima de una silla. –«¡Vista cansada!», explicó. Todos nos reíamos, pero San Josemaría le cogió el papel, lo estrujó y lo hizo desaparecer en el bolsillo: –«¡Déjalo en paz! ¡Tiene todo el derecho!»

O sea: sin saber nada del respeto que yo tuviera hacia él en esa materia, lo tuvo él por mí en la primera ocasión en que nos encontramos.

¿Y a qué viene este recuerdo? A que el amor de San Josemaría a la libertad no era un amor genérico, un simple respeto, resignado y paciente, hacia la libertad ajena, sino el sincero amor a las consecuencias prácticas de la libertad: era amor a la diferencia, a la singularidad, a la diversidad de gustos, opiniones, puntos de vista, al pluralismo, a la personalidad.

¿Y porqué? Por todos los motivos. Ante todo, por ser la libertad el meollo de la grandiosa, dramática y maravillosa Historia de la Humanidad. Y, más directamente, por ser una condición imprescindible del amor. Sólo siendo un “yo”, distinto de los demás, puedo establecer un vínculo de afecto personal, de tú a tú, en primer lugar con Dios, con cada Una de las Personas divinas, y después con cada uno de mis semejantes. Y al mismo tiempo, sólo siendo

un “yo”, distinto de los demás, puedo entregarme a Dios y a ellos, y recibir su amor por mí.

Por otra parte, sólo desarrollando mi peculiaridad, mis talentos o carismas, contribuyo debidamente a la riqueza material, cultural y espiritual del mundo y de la Iglesia.

¡Qué impresión me hizo el primer punto de *Camino*! «Que tu vida no sea una vida estéril. – Sé útil. – Deja poso [...]» Y el cuarto: «No digas: “Es mi genio así [...]” Sé varón – “*esto vir*”». Y el séptimo: «No vuelas como ave de corral, cuando puedes subir como las águilas». Y otro y otro y otro... Todos ellos eran una llamada irrecusable a mi responsabilidad personal, a dar lo máximo de mí, por amor a Dios y al mundo.

«¡Que tu vida no sea una vida estéril!» Que tu vida no sea una simple repetición de otras vidas. ¡Tráenos tu novedad! Todo es poco para dar gloria a Dios y servir al prójimo. Todos somos pocos para desvelar la verdad, la belleza y la bondad de la Creación y de la Redención. Me haces falta tú; no la humanidad gregaria o abstracta.

3. UN INCISO SOBRE LA LIBERTAD

Me parece útil hacer aquí un breve inciso. Cuando se habla de libertad hay que estar sobre aviso contra una trampa del lenguaje. Cuando se dice que el hombre puede elegir entre el bien y el mal, es fácil olvidar que, en realidad, el hombre no elige entre “el bien y el mal”, sino entre *miles* de bienes y *miles* de males. Y cuando se dice que la libertad nos ha sido dada para cumplir responsable y meritoriamente la voluntad de Dios, porque en eso consiste nuestro fin y nuestra felicidad, también se olvida fácilmente que la voluntad de Dios respecto a cada uno no se presenta siempre claramente determinada, como una imposición ni como un mandato; sino que, como buen y buenísimo Padre nuestro, si en tantas cosas se impone y tantas otras comanda, también en muchas otras simplemente aconseja, sugiere, y muchas más deja a nuestro libérrimo arbitrio, “haciendo suyas” (digámoslo así) nuestras libres elecciones.

No hace falta evocar aquí la doctrina católica sobre la libertad y la gracia. Nos bastaría recordar la epístola a los filipenses: «Él es quien produce en nosotros el querer y el obrar»³. Es cierto que todas nuestras libres decisiones

³ Fl 2,23.

están “previstas” por Dios y cumplen exactamente sus designios eternos, pero no por eso dejamos de ser verdaderamente libres. El complejo problema teológico no existiría siquiera, si nuestra libertad fuera una simple apariencia. Distanto tanto de la libertad absoluta de Dios como la creatura del Creador, nuestra libertad es tan real como el ser participado de la Creación: limitada, pero auténtica, como elemento integrante del ser humano.

¡Como le gustaba a San Josemaría el «porque me da la gana» o «la realísima gana», que, para él, era la razón más sobrenatural! En efecto, todo el bien que elegimos procede siempre de la gracia y de la inspiración del Paráclito. Quiero subrayar simplemente que el fin de la libertad no se reduce a obedecer por amor; la conciencia goza de una «función creativa», como advierte R. García de Haro: «El Señor ha querido siempre dejar muchas cosas a nuestra prudencia, a la creatividad de nuestro amor»⁴. Muchísimas veces «Dios no se impone: da unas pista, insinúa un camino, hace una invitación [...]. Es lógico pensar que Dios no se manifiesta con completa evidencia por amor a nuestra libertad», en palabras de Fernando Ocáriz⁵.

Si Dios creó el hombre como un ser libre, espera y desea que «cada caminante siga su camino», incluso en la vida interior: –«Tú tienes tu camino y yo tengo el mío», me dijo un día el propio Fundador (como dejé apuntado y circunstanciado en *Misión cumplida*)⁶. Todos hemos de seguir los pasos de Cristo y todos hemos de seguir nuestro camino vocacional específico; pero, por la misma carretera puede uno ir más deprisa o más despacio, en coche o a pie, por una pista o por otra... – comparación que usaba con frecuencia San Josemaría en este sentido.

Reconocer y desarrollar nuestra singularidad no significa, por supuesto, tenerla como fin, como una «autoafirmación», y procurarla por sí misma, sino aceptarla como voluntad divina y desarrollarla para rendir lo más posible para la gloria de Dios y servicio de los demás, seguros de que para eso fuimos llamados según un particular designio del Señor, que sólo en el cielo comprenderemos plenamente. No le bastaba a San Josemaría que fuésemos «buenos y fieles»; quería que lo fuésemos “a nuestra manera”.

⁴ R. GARCÍA DE HARO, *La creatividad propia de la conciencia*, en «La Vida Cristiana», Eunsa, Pamplona 1992, pp. 527-530.

⁵ F. OCÁRIZ, *Sobre Dios, la Iglesia y el mundo*, Rialp, Madrid 2013², p. 123.

⁶ DE AZEVEDO, *Misión*, p. 221.

¿Quién no ve en el arte, en la ciencia, en la filosofía y teología, en la política o la técnica, el valor de la originalidad? ¿De la novedad? «En todo hay artesanos y artistas», he oído a San Josemaría a propósito de la dirección espiritual, en la que se debe tratar cada alma como una joya, no como un vaso común, idéntico a miles de vasos iguales.

Por otra parte, la misma libertad, la capacidad de elección, puede ser mayor o menor. Como ha sido dicho, la propia libertad debe ser liberada⁷. ¿De qué? Del pecado, de nuestras pasiones, del imperio de modas y modales, de respetos humanos, de prejuicios mayoritarios, del miedo al riesgo, etc. Además, nuestras elecciones pueden ser más o menos firmes y más o menos comprometedoras.

Así, me parece, es lícito hablar de la libertad como de una auténtica virtud, la primera de las virtudes naturales, a la que llamaría la “virtud radical” de la libertad, puesto que está en la misma raíz de nuestras opciones. Si, como capacidad, es común a todo el mundo, como hábito admite gradación y crecimiento, que va desde la flojera de una voluntad esclavizada o titubeante a la fortaleza del martirio; desde la fuga de la responsabilidad hasta compromisos perennes de patriotismo, de fidelidad matrimonial, de entrega *propter regnum coelorum*, etc. Una virtud que se mantiene por el ejercicio de la «voluntariedad actual», a la que exhortaba San Josemaría y debe ser cada día más «vibrante»⁸, siempre más apasionada. No olvidemos la queja divina contra la iglesia de Éfeso, por haber perdido «la primera caridad»⁹. No se trataba de pasar a una segunda caridad, que no existe, sino de fortalecer la decisión, el empeño, de vivirla con un querer cada día más fuerte y determinado.

De ahí concluimos que, tal como la voluntariedad para el bien puede y debe crecer sin límites, la personalidad, que es fruto suyo, la acompañará, dando lugar a personalidades más o menos fuertes.

Conviene hacer notar, no obstante, que la fortaleza de una personalidad no depende únicamente de una voluntad fuerte; tiene que ser íntegra, harmó-

⁷ *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 143. cfr. CEC, 1741. Cfr. también *La libertad, don de Dios*, en J. ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 1977, donde San Josemaría se extiende sobre esta necesidad ineludible.

⁸ Otra expresión que le era querida. Cfr. J. ESCRIVÁ, *Camino*, Valencia 1939, n. 791.

⁹ Ap 2,4.

nica, en todas sus facetas u objetivos, so pena de desgarrar al hombre entre pasiones desconectadas, desencontradas, y más si son contradictorias.

Confieso que me sorprendía y hasta me intrigaba la cantidad de amores, de pasiones, de devociones, que abrigaba el corazón de San Josemaría¹⁰. ¡Cómo amaba a Dios, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a Santa María en docenas de invocaciones, a la Santa Iglesia, al Papa, a San José, a los Ángeles, a multitud de santos, a cada uno de sus hijos, a su familia, a su tierra, a cada nación... a las ciencias y artes, al mar y a las montañas... – en fin, cómo todo y todos le apasionaban! Hasta que comprendí que tenía un único amor, el amor a Dios, y con ese amor miraba, admiraba y se apasionaba por cada creatura. Esa profunda armonía interior, o «unidad de vida», es el secreto de los santos.

Y así es el corazón humano: no una caja limitada y compartimentada, sino la suma de nuestros afectos. Amar a Dios con todo el corazón significa amarlo en y con todos los afectos, lo que sólo es posible cuando no son contrarios a ese amor primacial. Y cuanto más amemos, cuantos más amores nobles, rectos, nos llenen, mayor corazón tenemos, más podremos amar a Dios. No a otra cosa nos anima el Apóstol: «Todo lo que es verdadero, todo lo que es honesto, todo lo que es justo, todo lo que es puro, todo lo que es de buen nombre: cualquier virtud, todo lo que sea digno de loor, sea el objeto de vuestros pensamientos»¹¹.

4. LA IMPORTANCIA DE LA PERSONALIDAD EN EL ESPÍRITU DEL OPUS DEI

Sería excesivo hacer aquí un resumen siquiera de las innumerables referencias, directas e indirectas, de San Josemaría a la necesidad de cultivar cada uno su personalidad, porque, además de constituir un deber de la condición humana –la llamada “autoconstrucción”–, es una exigencia del espíritu del Opus Dei, basado en la filiación divina y centrado en el trabajo.

«Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre»¹². Ya no somos siervos, meros cumplidores de tareas encomendadas; ya

¹⁰ Ya sobre ese asunto presenté algunas consideraciones en *La raíz aragonesa del beato Josemaría*, en «Nuestro Tiempo», Eunsa, Pamplona, 570, (dic. 2001), pp. 37-41.

¹¹ Fl 4,8.

¹² Jn 15,15.

no pertenecemos a un grupo indistinto, sino que vivimos en una intimidad familiar con Dios, una intimidad que rechaza, evidentemente, el «anonimato» –usando una expresión también muy suya en su doctrina espiritual– y presupone una relación personal, diferente, única, con cada uno de nosotros.

Y, en cuanto al trabajo, además de considerarlo un deber genérico de la naturaleza humana y un deber de gratitud y amor de cada hombre hacia el Creador y hacia sus hermanos, los demás hombres, es siempre visto por el Fundador del Opus Dei como un ámbito vital de desarrollo de la personalidad¹³, sin lo cual no cundirían las virtudes sobrenaturales, o sea, la santidad.

Hasta tal punto amó la diversidad personal, que la instituyó y “defendió” incluso en la organización interna de la prelatura, cuyo gobierno, en todos sus planos, es siempre «colegial», jamás autocrático.

5. LA PERSONALIDAD CRISTIANA

¿Qué sentido tiene, entonces, la conocida respuesta de Don Álvaro al Arzobispo de Madrid, Don Leopoldo Eijo y Garay, cuando este le observó que, al ordenarse, perdería su personalidad: –«Señor Obispo, la personalidad hace muchos años que se la he regalado a Jesucristo»¹⁴?

Nos contestaría rápidamente San Josemaría: el fundamento de la personalidad en un cristiano es la identificación con Cristo¹⁵; «nada perfecciona tanto la personalidad como la correspondencia a la gracia»¹⁶; «algunas veces se habla del amor como si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o un mero recurso para completar egoístamente la propia personalidad. Y no es así: el amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse»¹⁷.

No, la entrega a Dios en el Opus Dei no destruye ni minimiza la personalidad de nadie; antes bien, al confirmar la vocación humana al trabajo, a la responsabilidad personal de sostenerse y contribuir para el bien común, como dice el propio Fundador, la exige y lleva a su desarrollo¹⁸.

¹³ Cfr. *Es Cristo*, n. 47.

¹⁴ S. BERNAL, *Recuerdo de Álvaro del Portillo*, Rialp, Madrid 1996, pp. 35-36.

¹⁵ Cfr. *Es Cristo*, n. 31.

¹⁶ J. ESCRIVÁ, *Surco*, Rialp, Madrid 1986, n. 443.

¹⁷ *Es Cristo*, n. 43.

¹⁸ Cfr. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1968, n. 70.

Quienes buscan la personalidad por sí misma –por sí mismos– la pierden y la convierten en egocentrismo, puro espejismo, imagen virtual de su verdadero yo, máscara teatral tras la cual se ocultan, vanidad – cosa vana, vacío. Lo propio del hombre es darse, en primer lugar a Dios. Tiene más personalidad quien más se da, y más se da quien se da totalmente a Dios. La gracia no destruye la naturaleza; la perfecciona. Cuando las virtudes humanas se elevan al plano sobrenatural alcanzan cumbres imposibles de remontar por simples fuerzas anímicas. La perfecta personalidad del cristiano es la santidad. Pero la santidad no uniformiza a los hombres. Todos los santos gozan de una fuerte personalidad y por eso son diferentes. Muy distintos fueron San Pedro y San Pablo; muy distinta Santa Teresita de su santa Madre Teresa; muy diferente fue Don Álvaro de San Josemaría.

Me gustaría añadir algo que considero importante en la concepción de la personalidad por parte de éste. Para lo que vuelvo a pedir el permiso de recordar otro breve episodio familiar.

Desde aquel lejano 1948 había recorrido mucho tiempo. Estamos en 1972. En Lisboa. La sala de estar no disponía de sillas para todos. Sentados, la mayoría, en el suelo alfombrado, San Josemaría nos miraba, sonriente, con su hondo cariño paternal, y tejía cariñosos elogios a nuestro país. –«¡Gracias, Padre! El Padre es muy generoso», le dijo el que le estaba más cerca, a sus pies. Y San Josemaría le contestó con gravedad inesperada: –«No, hijo mío [...]. No os estoy halagando, sino que digo la verdad».

Confieso que la firmeza con que lo dijo me impresionó. No dudaba que fuese sincero, pero entendía que su amabilidad le hacía pasar por alto en aquella ocasión nuestros defectos y flaquezas. No. Los tenía bien presentes. Pocas personas –ninguna– conocí tan realistas como él. Pero los defectos no forman parte de ninguna personalidad ni de ninguna nacionalidad. Un defecto no es algo que se tenga, sino algo que nos falta. «No digas: “Es mi genio así..., son cosas de mi carácter”. Son cosas de tu falta de carácter; ¡Sé varón – “*esto vir*”»¹⁹.

Lo que me falta no me caracteriza. No es algo propio de mí, sino impropio de mí. Algo que perjudica mi personalidad. Mi personalidad es aquella que Dios tiene derecho a esperar; no la que adolece de mi comodidad, cobardía, soberbia, lujuria, etc. Es el conjunto de mis virtudes, habidas y por haber;

¹⁹ *Camino*, n. 4.

de aquellas que tengo cultivadas y las que todavía están en germen o aún poco desarrolladas. No su mezcla con mis actuales deficiencias.

No conozco mejor, más positiva ni más correcta manera de mirarnos a nosotros mismos y de mirar a los demás positivamente, con esperanza, por mucho que nos apabullen nuestras miserias o nos penalicen las del prójimo. Es la mirada profunda de una madre, que conoce bien a su hijo y sabe que, a pesar de sus flaquezas, en el fondo es bueno. Quizás él haya desistido de serlo, pero la madre, no. Y aunque todos le desprecien, ella no. Es más sabia que nadie, y espera siempre el regreso del hijo pródigo. Así es nuestro Dios, más sabio que todas las madres y padres del mundo. «¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré!»²⁰.

Una visión que se extiende, como decía antes, a la idiosincrasia de cada nación y cada pueblo, y que daría tanta paz al mundo, si lauviésemos presente...

6. LA FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD

Pero, si nuestra personalidad es un proyecto de Dios, que nos toca a nosotros descubrir y respetar, ¿cabrá hablar de su formación? ¿No será simplemente una labor semejante a la de un artista que ve en el bloque de piedra anticipadamente la escultura y se limita a desbastar el mármol de lo que sobra? Desde luego, si por escultor entendemos el Supremo Artista, que es Dios. Pero, como no somos un material inanimado, sino vivo y libre –«piedras vivas»²¹–, es por medio de nuestra libertad que la personalidad de cada uno se ha de formar. Dentro de un universo *in statu mutationis*, perfectible, el hombre, *in statu viae*, también está *in statu perfectionis*, también se debe perfeccionar a sí mismo a lo largo de su existencia.

Cambia el mundo y cambiamos nosotros. O nos formamos o nos deformamos... La formación consiste en ir adquiriendo todas las virtudes según las necesidades y oportunidades que la vida nos presenta, de acuerdo con las diferencias de temperamento, de cualidades innatas, de educación recibida, de experiencias recogidas, sobre todo las de la infancia y adolescencia. Desde

²⁰ Is 49,15.

²¹ I Ped 2,5.

muy niños podemos tomar decisiones de largo espectro, que han de condicionar nuestro futuro, positiva o negativamente. Y siempre estamos a tiempo de rectificar o desviarnos de lo que Dios de nosotros espera.

La formación comienza por el desarrollo de la “virtud radical” de la libertad. Ya San Pablo avisaba a los padres que no se impusiesen de tal modo a sus hijos que les hiciesen timoratos²². Y adelantando nuestras conclusiones, es notable el ambiente de libertad que los padres de Don Álvaro supieron crear en su casa: para lo que era bueno, no había pegas en aquel hogar. Desde muy niño pudo hacer todo el bien que le dio la gana y se habituó a responsabilizarse por lo que elegía.

En segundo lugar, el desarrollo de las demás virtudes, que no hace falta ahora enumerar, pero, para un cristiano, acrecentadas y elevadas por las virtudes teologales, y sobre todo, por la caridad, que las vivifica. Y de tal manera las contiene y vivifica, que viene a ser el resumen de la perfección, de la santidad.

Respecto a nuestro tema, diría, pues, que el desarrollo de la personalidad coincide con el de la caridad, del amor, que, a su vez crece, con la gracia divina, por «saltos de cualidad». Así se expresaba repetidamente el mismo Don Álvaro. Es conocida esta doctrina: la gracia habitual no aumenta por simple acumulación de méritos; aumenta por subidas de nivel amoroso. Cuanto más puros de intereses personales, cuanto más desprendidos de nosotros mismos y más volcados a Dios y al prójimo, más se eleva la caridad en nuestras almas.

No es un crecimiento visible el de la gracia, pero se puede de algún modo discernir a través de actitudes externas que lo denuncian. Y una de las señales más objetivas es, sin duda, el aumento del sentido de responsabilidad.

En efecto, el amor no es un sentimiento; pueden ser todos, cómo dice Lope de Vega en su expresivo soneto sobre «Varios efectos del amor»: «Desmayarse, atreverse, estar furioso / áspero, tierno, liberal, esquivo [...]» Los sentimientos varían según las perspectivas favorables o desfavorables a la correspondencia a nuestro afecto, o simplemente por nuestro estado de salud. Pero el amor puede permanecer y crecer –o disminuir– bajo las más diversas disposiciones afectivas.

No se mide, pues, por cualquier sentimiento, sino por la efectiva dedicación a los que amamos, por la responsabilización hacia quien sea y lo que sea:

²² Cfr. Col 3,21.

una persona, una familia, una institución, un país... Sólo cuando me considero responsable por la felicidad de alguien, por la armonía del hogar, por el éxito y buen nombre de mi empresa, por el honor de mi patria, por la paz mundial..., sólo entonces es verdad de que amo a esa persona, a mi familia, a mi empresa, a mi patria, al mundo.

7. LA FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD DEL VENERABLE ÁLVARO DEL PORTILLO

Ya definimos la personalidad como el conjunto de virtudes naturales y sobrenaturales alcanzadas por cada uno, dentro de los condicionalismos externos e internos que determinan su singularidad. Ya las resumimos (con el Evangelio) en la caridad, y encontramos un criterio válido de medición del amor, que es la responsabilización efectiva por la gloria de Dios y la felicidad del prójimo que nos identifica con Cristo. Pienso que ya estamos en condiciones de apreciar el desarrollo de la personalidad de Don Álvaro.

De temperamento reflexivo –o “secundario”, como suele decirse–, pero no introvertido, sino atento a los demás, “comunicativo”, lo mantuvo en todas las tan distintas etapas de su vida, sin soluciones de continuidad. Como decía el Fundador del Opus Dei, para ser santos no hay que cambiar nuestro modo natural de ser ni dejarnos llevar por el mimetismo, sino ponerlo al servicio de Dios: «Las normas morales no amenazan ni destruyen la personalidad, aunque sí la encauzan»²³.

Desde el sentido de responsabilidad que demostró en la infancia y adolescencia respecto a la fe recibida y a su familia, y creciendo en solicitud hacia los más desheredados luego en su primera juventud, hasta que el Señor se lo llevó al Cielo, Álvaro del Portillo no hizo más que asumir responsabilidades siempre mayores y corresponder generosa y heroicamente a ellas.

Antes que nada, el gran «salto de cualidad» que representa su vocación al Opus Dei, disponiéndose a servir la Iglesia y todas las almas por toda vida y más allá de cualquier limitación geográfica.

Fue una entrega total y definitiva; más que voluntaria, apasionada, y de una seriedad que llegó a conmover a otro de los primeros miembros de la Obra, al verificar, pasados pocos meses, cómo se le notaba la decisión de

²³ J. ESCRIVÁ, *Forja*, Rialp, Madrid 1987, n. 709.

llevar su llamamiento hasta las últimas consecuencias²⁴. Decisión que se ve confirmada día a día, en sintonía perfecta con el Fundador, aprovechando el tiempo para poder cumplir su exigente plano espiritual, su labor profesional, un intenso apostolado y todas las tareas que se le encomiendan. No pierde su proverbial serenidad ni el buen humor, lo que revela hasta qué punto asume personalmente, con «voluntariedad actual», todo lo que Dios le pide.

Viene en seguida la prueba de fuego, con la guerra civil, siempre a un paso de la muerte y amenazado de ella varias veces, cercado de odios y violencias sin cuenta, humillado hasta lo más repugnante, con frío y hambre, huyendo de abrigo en abrigo... Acepta, perdona, reza por todos, se une cada vez más a Dios, a Quien todo ofrece, y se mantiene plenamente fiel a su vocación, cierto de que, como les recordaba San Josemaría, todo es para bien: *Omnia in bonum*²⁵! Repito lo que escribí en *Misión cumplida*: se hizo «doctor en caridad». Y no sólo: en paciencia, obediencia, desprendimiento, espíritu de sacrificio, filiación, fraternidad, prudencia, audacia... Y en oración, en interioridad.

Su serenidad no sufrió pérdida; se fortaleció. No era ya simple fruto de un temperamento tranquilo y reflexivo, sino aquello que oí cierta vez a San Josemaría: que la serenidad es un modo laical de hablar de las cuatro virtudes cardinales. Era prudencia, justicia, templanza y fortaleza; en su caso, sobrenaturalizadas por la caridad.

Las experiencias pasadas en ese período de persecución y reclusión no se limitaron a hacerle crecer en esas virtudes: abandonándose en las manos de Dios, sintió muy de cerca la divina Providencia y la intercesión de la Virgen, en particular cuando pasó a la zona no-comunista de España. Su fe no podía más que aumentar y confirmarle en el carácter divino de la Obra –verdadera Obra de Dios– y en el carisma sobrenatural de su Fundador. Este, a su vez, le va tratando con especial exigencia, como piedra –*Saxum*– en que apoyarse a toda hora. Sin escurrir el bulto, Álvaro adquiere una finísima sensibilidad para “coger al vuelo” las intenciones del Padre e incluso para adelantarse a sus deseos.

Es en ese período que San Josemaría le va a pedir –y a otros dos– una nueva entrega: la vocación sacerdotal. Si la personalidad de un cristiano ha de ser una identificación con Cristo, la de Álvaro –la de cualquier sacerdote–

²⁴ Cfr. *Perfil Cronológico-Espiritual del Siervo de Dios Mons. Álvaro del Portillo, Obispo y Prelado del Opus Dei (1914-1994)*, Roma 2002, p. 41.

²⁵ Rom 8,28.

revestirá la forma de una “absorción” sacramental, digamos. A la que Don Álvaro no rehúye. Al entregar su personalidad a Jesucristo como sacerdote, no pierde nada; ni siquiera la «fisionomía particular»²⁶ que le marcó su formación profesional, de ingeniero, sino que todo pone al servicio de la nueva y superior llamada.

Y si, una vez ordenado, se amplían sus responsabilidades respecto a la Obra, estas le llevarán, además, a asumir otras y otras, que le serán confiadas directamente por la Santa Sede. Romano de espíritu, como católico, se volverá romano de cuerpo y alma para el servicio de la Iglesia universal.

Siendo siempre el mismo, sus horizontes de labor se alargan de mes en mes, de año en año, sin que se le vea deprimido, confuso o agotado. Con un orden admirable, «hace lo que debe y está en lo que hace»²⁷, a la par del Fundador, y toma iniciativas que el propio San Josemaría considera audaces.

La que me llama sobremanera la atención, y mi personal gratitud, es la de Salto di Fondi: la adquisición, sin dinero a vista, de una enorme hacienda en Terracina, para extensión veraniega del Colegio Romano de la Santa Cruz, a la vez que eleva a la condición de propietarios tres centenares de trabajadores agrícolas: una obra social de grande porte y muy compleja ejecución, pero que él llevó a cabo en medio de tantos otros quehaceres.

Por otra parte, si «el dolor es la piedra de toque del amor»²⁸, no olvidemos que desde niño el Señor le bendijo con sucesivas dolencias, alguna de las cuales con peligro de vida. No es ocasión de hacer esa cronología. Basta decir que conocía bien la Cruz. La sintió en su cuerpo y en su alma muchas y muchas veces, sin una queja, con una sonrisa permanente, unido a Jesucristo. Y además, sin impedirle de ser un apasionado deportista.

También es excusado y sería fatigante recordar aquí las siguientes etapas de su vida. Es bien sabido como el Señor le fue pidiendo siempre responsabilidades de mayor monta. Resaltemos únicamente sus tareas conciliares, la sucesión de San Josemaría y la ordenación episcopal. No hubo encargo que no llevase a término, con firmeza y perfección admirables. No hubo llamada de Dios a la que no correspondiese con generosidad y alegría. Recuerdo lo que un día, estando ausente Don Álvaro, nos dijo el Fundador a su respecto:

²⁶ *Es Cristo*, n. 46.

²⁷ *Camino*, n. 815.

²⁸ *Camino*, n. 439.

«Los cirios se encienden y se apagan de vez en cuando; este hermano nuestro ¡nunca se apagó!»

Se note que, desde muy temprano, los encargos y responsabilidades asumidas tuvieron un claro acento paterno. Así lo esperaba de él San Josemaría desde que comenzó a tratarle con el simbólico nombre de *Saxum*: «*Tu es Petrus, ... saxum* – eres piedra, ... ¡roca! Y lo eres porque quiere Dios [...] Roca, fundamento, apoyo, fortaleza... ¡paternidad!»²⁹– paternidad confirmada sacramentalmente por su ordenación sacerdotal en 1944, a partir de la cual más se estrechó su servicio a la Obra al lado del Fundador. Como «sombra» que le acompañaba día a día, no podía menos que seguir sus cuidados paternos, adivinando sus desvelos por cada uno de nosotros y tratándonos, en su nombre, con idéntico afecto y exigencia. Fue todo un largo recorrido de «paternidad» que culminó cuando Dios quiso rematar en la tierra el período fundacional y hacerle suceder a San Josemaría. Y, si más fuese preciso para grabar en Don Álvaro el espíritu paternal, su ordenación episcopal acabaría por concederle, de nuevo sacramentalmente, el carácter paterno de Prelado del Opus Dei.

No es de extrañar, por tanto, que, juntamente con su experiencia de gobierno, se desarrollase en él, hasta el final, ese cariño de padre de familia numerosa del que muchos somos testigos y todos beneficiarios.

Beatificándolo, la Santa Iglesia reconoce en él a alguien que cumplió ejemplarmente la voluntad de Dios, identificándose, “a su manera”, con Cristo. Alguien que alcanzó aquí en la Tierra la personalidad que de él esperaba el Señor.

²⁹ BERNAL, *Recuerdo*, p. 67.